



LECCIONES DE HORTENSIA

SANTIAGO LOREN

T. P. (*Dejando con desaliento una carta sobre la mesa.*)—¡Todos se enfadan! ¡No sé qué les pasa! ¡Todos se enfadan!

T. M.—¿Qué le ocurre, colega? ¿Quién está en desacuerdo con usted en este bello mundo?

T. P.—Los demás médicos. Todo médico que me envía un enfermo. Yo veo al enfermo, le pongo un plan de tratamiento, escribo una carta para el médico del pueblo que va a seguir su enfermedad...

T. M.—¿Una carta? ¿Y se la da usted al enfermo?

T. P.—¡Naturalmente!

T. M.—¡No me diga más! A correo seguido recibe usted otra cartita del colega del pueblo poniéndole verde.

T. P.—Sí, eso es. ¿Cómo lo sabe?

T. M.—Porque lo conozco. Usted con su ciencia campanuda y desalmada da una lección clínica en esa carta, una lección fácil de dar, porque para eso tiene usted a mano análisis, radiografías y todos los libros de consulta que se le antojen; el enfermo, que ha tenido que librar una batalla con el pobre compañero, porque al segundo día de enfermedad ya quería venirse a la ciudad, abre la carta sin la menor consideración y va al pueblo diciendo: "¿Ve usted, ve usted cómo me estaba curando por lo contrario?" Y el compañero se ve obligado a

pensar de usted las mayores barbaridades.

T. P.—Pero ¿por qué? Si yo sólo le escribo a él. No tienen ningún derecho a abrir la carta. Y, por otra parte, sólo pretendo aclarar las cosas...

T. M.—¿Aclarar las cosas? ¿Qué le parece, Hortensia? Ustedes los sabios solemnes y llenos de seriedad no son más que lechuzas en campanario.

T. P.—¡Hombre! ¿Y por qué precisamente lechuzas?

T. M.—Porque se fijan mucho y no se enteran de nada.

Hortensia.—No debe de insultar así al doctor. Simplemente debe de llamarle estropeacaldos.

T. P.—¡Pues me están poniendo bueno entre los dos!

Hortensia.—Perdone. Lo de estropeacaldos no es propiamente una ofensa, sino una denominación que me enseñó un médico bacteriólogo al que serví en otros tiempos. Este médico había ejercido antes en un pueblo y tenía unas ideas muy claras acerca de las relaciones entre médico y público. "La clientela del médico —me decía— es como la sustancia nutritiva de un caldo de cultivo, y el caldo de cultivo en el que se diluye es el pueblo o la ciudad. Cada médico vive en su caldo y se alimenta de esta sustancia.

T. P.—Bueno, pero ¿a qué viene esta lección de microbiología? Me resisto a considerarme un bacilo.

T. M.—Siga escuchando y aprenderá cosas que le conviene saber.

Hortensia.—La diferencia entre el caldo-ciudad y el caldo-pueblo es que el primero está más diluido y se estropea más fácilmente.

T. P.—Pero ¿por qué se van a

estropear si el médico procede con competencia y honradez?

Hortensia.—A pesar de todo. Los caldos de cultivo son muy delicados y es difícil mantenerlos mucho tiempo, como sabe, porque las mismas variaciones y cambios biológicos que en ellos se verifican los alteran. En nuestro caldo, por ejemplo, un cadáver estropea bastante; pero al fin y al cabo es eliminado prontamente por el enterador. En cambio, un enfermo crónico, un diagnóstico equivocado, un ofendido consciente o inconsciente envenenan el caldo para toda la vida.

T. P.—En ese caso ningún médico podríamos vivir. ¿Quién no tiene una equivocación o un enemigo?

Hortensia.—La dilución, la dilución es lo que ayuda a mantenerse. La dilución y el cambio de sustancia nutritiva por los que nacen, los que se van o los que vienen. Por eso en un pueblo, siendo tan pequeña la dilución y tan escasos los cambios, el caldo se estropea con gran facilidad y muy rápidamente. El médico que aguanta en un pueblo pequeño con el beneplácito de todos los vecinos más de diez años ya puede usted asegurar que es un santo o es un genio.

T. M.—¿Qué le parece? Observe usted, Hortensia, que ha dejado pensativo al doctor Tanto Peor. Si hubiera sabido todas estas cosas antes, ¡cuántos caldos hubiera evitado estropear!

T. P.—Reconozco que la metáfora tiene su lado de verdad, pero se me ocurren algunas objeciones. Por ejemplo, en muchos pueblos hay curandero o curandera que se han de equivocar, lógicamente, muchas más veces que el médico, y, sin embargo, conservan su prestigio años y años.

Hortensia.—Los curanderos viven en un caldo muy difícil de estropear.

T. P.—¿Por qué razón?

Hortensia.—Porque el que se cura después de ver a un curandero se considera objeto de un milagro y lo propala a los cuatro vientos, mientras que el que no se cura o se pone peor se lo calla para que no le llamen tonto o ignorante. En cambio, cuando el médico cura no hace más que cumplir con su obligación, porque curar es la función cotidiana por la que se le paga. Pero si no cura, cae inmediatamente en pecado de negligencia o incompetencia y es puesto en la picota pública. El médico tiene siempre que defenderse con todas sus fuerzas contra toda sospecha de desacierto, por pequeño que sea...

balones metálicos, solitarios, en la tardada provincial y arrabale-ra. La juventud estaba lejana, fuera de juego, fuera de banda, más allá de todas sus posibilidades. Y resultaba que un hecho tan lamentable producía dinero.

T. M.—No siga, no siga, Hortensia. ¿No ve lo apabullado que ha quedado? Ya verá cómo desde ahora escribirá unas cartitas más simpáticas, y además las echará al correo.

T. P.—La verdad es que... Bueno..., quiero decir que es terrible eso del caldo que se estropea... No hay defensa para el médico rural cuando las cosas se ponen así.

T. M.—Sí que la hay, y se la voy a decir para que no se desconsuele tanto. ¿Verdad que hay defensa, Hortensia?

Hortensia.—Desde luego. Una es el marcharse cuando el caldo huele un poco.

T. M.—Y otra, que es la mejor y más digna, es la del médico que aguanta aferrándose a su titular contra viento y marea y esperando que el tiempo le dé la razón; que la sucesión de aciertos y los años plenos de honradez y competencia bien probadas convierta ese caldo inestable y movedizo de la opinión en un caldo-solera, inalterable, fuerte, madre y ejemplo de todos los caldos posibles. Esta es la solución heroica que produce los bustos en bronce para las plazas mayores de los pueblos y hace pensar a las gentes conmovidas que "por allí ha pasado un hombre".